



20/11/12

3/5

[CAPÍTULO UNO]

Alter(iz)ar la pedagogía: (fragmentos para) atender la educación desde un punto de vista literario¹

~ ÁLEX SILGADO RAMOS ~

Alterar la pedagogía está muy próximo a ‘alterizar’ la pedagogía, esto es, a invadirla de alteridad, a hacer con que la pedagogía sea la cuestión del otro.

Carlos Skliar (2005)



Quizá decir pedagogía tenga que ver con ensayar una lengua bastante distinta y distante a la de los expertos y con otras maneras de decir y hacer más próximas a una razón literaria, a una razón poética que a una razón instrumental, pues, más que al concepto, a la definición, esta lengua apela a la imagen, a la metáfora, a lo analógico, a lo simbólico, al sentido. Digo ensayar, quizá porque la idea de pedagogía que intento en este ejercicio me sabe (saber y sabor) cercana a la de ensayo. Como bien nos lo recuerda Mèlich (2011), un ensayo no es sistemático ni teme la falta de rigor, sino que «tiene la humilde pretensión de mostrar el movimiento de

¹ Este capítulo constituye un espacio de reflexión derivado de la tesis o, mejor, del ejercicio de indagación narrativa “El arte de caminar y la educación: una mirada poética. Divagaciones de un maestro de a pie”, en el marco del Doctorado Interinstitucional en Educación DIE UPN, énfasis en Lenguaje y Educación.

la vida, y la vida no está nunca del todo articulada. En ella no todo encaja, más bien lo contrario» (p. 22). Así, en su condición de ensayo, la palabra pedagogía, más allá de cristalizarse en un concepto, es palabra errante, nómada; en ella no hay quietud o final de trayecto, sino siempre movimiento, un volver a empezar, y ello entraña riesgo; implica arrojarse, abrirse a lo que viene, a lo que acontece, a lo imprevisible.



FRAGMENTO-S PARA UNA APERTURA

Se trata de la búsqueda de otras maneras de decir la pedagogía o *alterar*-la más allá de los lenguajes que la *disciplinan* u ordenan como discurso experto, técnico, especializado (Larrosa y Skliar, 2013). Y que este decir conlleve otras formas de relacionarnos, donde la acogida del otro, de su singularidad, de su radical diferencia constituyan el punto de partida hacia una educación más humana y humanizante que no solo enseñe el mundo, sino también a vivir y a convivir en él de una mejor manera.

El asunto es que desde hace rato me siento un poco agotado, tal vez agobiado, por las formas esquemáticas de habitar o, más bien, de usar, cuando no de abusar, la palabra en el mundo académico, donde pareciera que el único registro para validar el pensamiento fuera el artículo científico y donde el ensayo ha perdido su capacidad de ensayar. Me asalta la incómoda sensación de que un lenguaje aséptico, desterritorializado, desubjetivado, inmunizado se ha apoderado del espacio académico, de la escuela misma. Un lenguaje que se torna imposible a la hora de decirnos, de hablarnos, de nombrarnos, esto es, una lengua neutral y neutralizante que está borrando todo rastro de subjetividad y de singularidad. Una lengua totalizadora y totalizante, que ya no es la nuestra, sino la del dato, de la cifra, del estándar, de la competencia, de la calidad, de la gestión. Una lengua lisa, pulimentada, sin quiebres, ni

aristas, ni curvaturas; homogénea, positiva, que no da cabida a lo distinto, a la alteridad².

El asunto es que desde esa lengua lisa solo es posible una pedagogía de la positividad. Una pedagogía sin un otro diferente, pedagogía de lo igual, en la que nadie está, nadie arriesga, nadie da. Una pedagogía que ha expulsado lo distinto, en la que es imposible el vínculo, la juntura, la proximidad, la hospitalidad. Una pedagogía de lo igual, que todo lo asimila, lo iguala; que no atiende la negatividad de lo distinto, en la que no cabe lo otro, lo diferente, lo chueco, lo que no casa, lo que no encaja. Una pedagogía homogénea y homogeneizadora contra la cual me resisto. Por ello mi búsqueda, esta imperiosa necesidad de ensayar otra lengua para la pedagogía; una distinta, pero próxima, que nos permita decirla de otra manera, *alterarla*, *alterizarla*. Una lengua singular y singularizante que suspenda todos los automatismos y nos permita hablar en nombre propio. Una lengua dialógica y polifónica, tejida de múltiples tonos, matices, énfasis, silencios, interpelaciones, resonancias. Una lengua babélica, plural, ambigua y ambivalente abierta a su polisemia, a lo simbólico, a lo metafórico. Una lengua poética, *alterada*, *alterizada* e inquietante que la literatura podría enseñarnos.



La búsqueda de la que vengo hablando también tiene que ver con la literatura, especialmente con la novela, con su capacidad para *alterarnos* o *alterizarnos*, es decir, para sacarnos de nuestro sitio y abrirnos al acontecimiento, al extrañamiento del otro. Tiene que ver con la potencia de su lenguaje para saturar la mirada, para afinar la atención y ampliar perspectivas y permitirnos ver, decir y sentir de otro modo. Tiene que ver también con su potencia ficcional, con su capacidad para ayudar a soportar el peso

2 Para Byung-Chul Han (2017), la expulsión o aniquilación del otro como distinto se da precisamente por el exceso de transparencia, de lisura, de positividad, de lo igual.

de la realidad o de permitir que esta sea otra cosa o de otra manera. Pero, además, tiene que ver con lo que ella no solo puede decirnos o enseñarnos sobre la educación y la formación, sino también con su capacidad para ser ella misma una posibilidad formativa, una manera de educación. Es por ello que suenan tan próximas las palabras del escritor italiano Ítalo Calvino (2013) cuando, en un fragmento de ‘La espina dorsal’, una conferencia pronunciada en febrero de 1955, alude a las bondades educativas o formativas de la literatura de la siguiente manera:

Nosotros también nos contamos entre aquellos que creen en una literatura que sea presencia activa en la historia, en una literatura como forma de educación, de categoría y de calidad insustituibles [...]. Las cosas que la literatura puede buscar y enseñar son pocas, pero insustituibles: la forma de mirar al prójimo y a los demás, de poner en relación hechos personales y hechos generales, de atribuir valor a cosas grandes y a cosas pequeñas, de considerar los límites y vicios propios y los de los demás, de encontrar las proporciones de la vida, el lugar que ocupa el amor en esta, así como su fuerza y su ritmo, y el lugar que corresponde a la muerte y la forma de considerar a esta. La literatura puede enseñar la dureza, la piedad, la tristeza, la ironía, el humorismo y tantas otras cosas necesarias y difíciles. Lo demás debe aprenderse en otra parte, en la ciencia, en la historia, en la vida, donde todos tenemos continuamente que ir aprendiendo (pp. 22-23).



Se trata, entonces, de *alterar* la lengua de la pedagogía con la de la literatura. *Alterarla* en un doble sentido, por un lado, para *alterizarla* o, lo que es lo mismo, para abrirla a la experiencia del otro; y por el otro, para inquietarla, para desordenarla, para indisciplinarla, para hacerla disonante,

subvirtiendo con ello su manera de decir y, por ende, su manera de decirnos, de pensarnos, de leernos, de escribirnos, de mirarnos, de sentirnos con, desde y entre otros. Esto supondría un ejercicio de confusión de las bibliotecas (Larrosa y Skliar, 2013), de alteración del orden del discurso, en el que indisciplinadamente se mezclan los estantes y se cruzan los libros de pedagogía con los de literatura, provocando un efecto de *literaturización de la pedagogía*.

El sentido de tal efecto conlleva atender, como lo sugiere Mélich (2006), *la educación desde un punto de vista literario* como una apuesta necesaria, en una “época de desasosiego”, para la formación de una «razón imaginativa que sea capaz de narrar sentidos, de inventar sentidos, en plural, porque nunca hay en la vida humana un único sentido, sino sentidos distintos, e incluso contradictorios» (p. 25); razón imaginativa o literaria que siempre «está abierta a la sorpresa, al cambio; en una palabra, a la alteridad, al acontecimiento del otro» (p. 26).



Se trata, en últimas, de que esta búsqueda, esta inquietud por *alterar* la pedagogía y atender la educación desde un punto de vista literario, «tal vez no sea tanto una cuestión de qué hacer con la literatura, sino de lo que la literatura puede hacer con nosotros: con nuestras palabras, con nuestras ideas, con nuestras formas de decir y de pensar lo educativo» (Skliar y Larrosa, 2005). O mejor, se trata, más bien, de que tal búsqueda es una invitación a abrirnos a esa experiencia de lenguaje llamada literatura para *alterar* e inquietar nuestras maneras de hablar, de leer, de escribir y de pensar la pedagogía, de disponernos al acontecimiento educativo y formativo, siempre atendiendo a la cuestión del otro.

Quizá estos fragmentos de apertura y los contiguos no son más que esa disposición, ese intento por hacer resonar las voces, pensamientos e imaginaciones de algunos autores que he venido leyendo con pasión y que presumo que han pensado más hondo esta perspectiva literaria para

la educación. Quizá por ello también este texto o colección de fragmentos está plagado de citas de manera descarada, sin la pretensión de ocultar las voces que me han llevado o llamado a imaginarlo, pensarlo, sentirlo y escribirlo de esta forma *alterada*.

FRAGMENTOS *ALTERADOS*...

Es preciso una profunda renovación del lenguaje que empleamos en pedagogía porque las palabras son configuradoras de mundos, de nuestros mundos. Y [...] las palabras próximas al universo de la literatura, de la poesía, de la narración, serán las que nos puedan ayudar a educar mejor.

Joan-Carles Mélich (2006)

(1) Abro el libro y en una de sus páginas descubro las siguientes líneas:

Tal vez escribir sobre la alteridad no sea otra cosa que sumergirse en ella, en nuestra propia alteridad y, por lo tanto, el resultado no sea sino fragmentos, esquirlas, retazos, jirones, sensaciones y pensamientos interrumpidos por la presencia de los otros, conocidos y desconocidos; balbuceos dictados quién sabe desde qué lugar de la experiencia y desde qué rostro de la alteridad [...]. Y tal vez la escritura así alterada por la alteridad no sea sino pura curvatura, pura interrogación, pura provisoriedad, pura inseguridad... (Skliar, 2009, pp. 143-144).

Es Skliar quien habla, quien escribe, quien nos habla, quien nos escribe. Pero también soy yo, nosotros; la mano que se altera, el gesto provisorio, la palabra insegura, balbuceante; la escritura hecha de pura curvatura, de fragmentos, de esquirlas, de retazos, de jirones, de sensaciones y de pensamientos interrumpidos por la presencia de los otros. Esos otros que también soy, que también somos.

(2) Decimos alteridad y algo se *altera*, se otea. Lo otro nos perturba, nos inquieta, nos desacomoda, nos rebasa, nos desborda; eso otro, ese otro que también soy, somos, que estamos siendo. Sin lo otro, sin el otro, es imposible un “yo”, un “nosotros”. Esa es la gran lección de los poetas; ellos lo saben y les sabe, lo han cantado: «Yo es otro», se escucha decir a Rimbaud. «Yo soy tú cuando soy yo», insistirá Paul Celan, mientras Octavio Paz nos recordará que «A donde yo soy tú, somos nosotros». La alteridad nos otea. No en vano, para Roberto Juarroz, «Nada puede ser si no comienza por el otro», o, en palabras de Pessoa, «Nada es, todo se otea», se *altera*, nos *altera*. Y es, como lo dice Handke (1972, p. 21), que «Cuando la dedicación al otro se torna especialmente honda, entonces el descrito, el otro, soy nuevamente yo».

(3) La alteridad no es el lugar de la usurpación, ni de la ubicuidad, ni de la mimesis, ni de la impostación. Más allá de la vana ilusión que la entiende como un “ponerse en el lugar del otro” o “ponerse en los zapatos del otro”³, lugar por demás imposible, porque es del otro..., quizá la alteridad sea solo un gesto, una atención, una afectación, una tensión, un movimiento que no cesa, un extrañamiento que nunca acaba (Nancy, 2007). Alteridad que tiene que ver con ese otro que en su radical diferencia es insustituible, inaprensible, inalienable. Ese otro que nos interpela desde la figura del intruso, del extraño, del extranjero, del ajeno; de lo que no es ‘normal’, de lo que no cabe ni sabe, de lo que irrumpe, de lo que desacomoda, de lo que sucumbe toda inmunidad, de lo que devela nuestra fragilidad y nos revela finitos, contingentes, vulnerables. Ese otro que, más que cara, es un

3 Difícil o, mejor, imposible es intentar ponerse en los zapatos del otro. Y más aún si ese otro no tiene zapatos o no tiene pies. Apelando a cierta ironía nietzscheana, uno descree de ciertas metáforas que se cristalizan en la boca de algunos que no tienen ni el mínimo gesto de zapateros.

rostro, un llamado, una voz que instiga nuestro oído y nos mueve o *con-*mueve a la compasión⁴.

(4) Se trata de que la alteridad es un llamado para el cual muchas veces estamos sordos; es una invitación que convida, que genera apertura; un abrirse al encuentro, a la acogida, al amparo, esto es, a la responsabilidad, al hacerse cargo del otro: «La responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe y que, humanamente, no puedo rechazar» (Lévinas, 2015, p. 85). No en vano, para Lévinas lo humano del hombre es «desvivirse por el otro hombre», o, para decirlo con Esquirol: «Lo más humano se expresa decisivamente con la generación y, muy en especial, con la gratuidad de la generación llamada generosidad o bondad» (2018, p. 8). Por ello, al decir de Sábato: «Es el otro el que siempre nos salva», y toda vez que hemos perdido un encuentro humano, «algo quedó atrofiado en nosotros, o quebrado» (2000, p. 20).

(5) Cómo negar mi propia alteridad, el intruso que también soy para mí mismo; mi propia extranjería, mi ineludible extrañeza, mi desconcertante ajenidad, mi desbordante ambigüedad, mi innegable fragilidad, mi finitud, mi contingencia y mi vulnerabilidad. Cómo negar ese otro de sí mismo que también soy, si, como lo sostiene Mélich:

Me constituye una alteridad porque soy herencia y deseo, porque hay otro en mí, porque estoy en mí y fuera de mí, al lado y frente a mí, porque mi identidad nunca es del todo mía, y jamás está absolutamente fijada, porque no tengo un yo, porque no me poseo,

4 Para Mélich (2006, p. 97), «la palabra compasión significa que no podemos contemplar impasibles el sufrimiento de los demás, significa saber vivir junto al otro su desgracia, pero también sentir con él cualquier otro sentimiento: alegría, angustia, felicidad, dolor...».

porque no coincido conmigo, porque no estoy a solas conmigo mismo, aunque desee estarlo; porque no soy fiel a mí mismo, porque soy inconstante y contradictorio, porque cambio de parecer y punto de vista, porque me encuentro en estrechos callejones sin salida en los que me quedo perplejo sin poder acudir a manuales, a principios, a ideas rectoras que me digan lo que debo hacer, decir o pensar (2010, pp. 11-12).

(6) La alteridad es hospitalidad, no hostilidad. Por ello, su lenguaje es el de la ética, no el jurídico. Más que la norma, la ley o la prescripción, la sostiene el deseo; más que una política reguladora de los órdenes, le asiste una poética sensible a lo que no encaja, a lo que no cabe, a lo que se desborda y *desordena*. Uno podría decir, entonces, junto con Esquirol (2015), que la alteridad solo es decible o, mejor, susurrable en el lenguaje del (o como) amparo. Un lenguaje que no encuentra su riqueza en su elaboración argumentativa o discursiva, sino en su ritmo, en su tonalidad y sonoridad que armoniza y se sintoniza con la frecuencia de las cosas. Un lenguaje del amparo, en tanto lenguaje de la alteridad o *alterado*, no es aquel que dice de manera explícita y literal, sino que susurra o sugiere, que está poblado de resonancias, que cuenta y canta y, al contar y cantar, *encanta*. Entonces, cómo no escuchar al poeta entonar la canción del *alter*, aquella en la que el otro resuena en el “nosotros”:

Soy otro cuando soy. Los actos míos
son más míos si son también de todos.
Para que pueda ser, he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia.
No soy, no hay yo, siempre somos nosotros...
(Octavio Paz, 2000, p. 352).

(7) La alteridad, en tanto salida de sí mismo, es siempre posibilidad de experiencia de *formación*, *transformación* o *deformación*. Se traduce, entonces, en metamorfosis. Por ello, luego de ese encuentro con el otro, en tanto *experiencia de exposición*, de *extrañeza*, de *extranjería*, solo nos queda cantar junto con Neruda (2014) que «Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos» (p. 154).

(8) La alteridad nada tiene que ver con la armonía, con la empatía, con la normalización. Quien acoge la alteridad se expone a lo imprevisible, a lo incontrolable, a lo que irrumpe y, por lo tanto, también nos rompe; crea fisuras, abre brechas, trastoca el aparente orden que habitamos; nos saca del ensimismamiento, del sueño tranquilo y nos despierta a eso otro que queremos controlar o apaciguar, pero que también somos; un encuentro que también es un desencuentro: «Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto» (Kafka, 2011, p. 11).

(9) Uno dice *otro* como quien dice misterio.

(10) Quizá nos sea imposible definir de manera canónica lo que es la alteridad. Lo que sí podemos hacer es aproximarnos a algunos de sus rostros: la hospitalidad, el amparo, la acogida, el cuidado, la bondad, la donación, la compasión. De ello pueden darnos noticias los novelistas, quienes, a propósito de la compasión, nos han dejado testimonios dispersos en algunas de sus obras. Uno de ellos aparece en boca de Elizabeth Costello, la reconocida novelista australiana, quizá *alterego* del propio Coetzee, que aparece en la novela que lleva el mismo nombre de la protagonista:

El corazón es la sede de una facultad, la compasión, que a veces nos permite compartir el ser ajeno. La compasión tiene todo que ver con el sujeto y muy poco con el objeto, con el 'otro', como vemos de

inmediato cuando pensamos en el objeto no como un murciélago (“¿puedo compartir el ser de un murciélago?”), sino como otro ser humano. Hay gente que tiene la capacidad de *imaginarse* como otra persona y hay gente que no la tiene (cuando esa carencia es extrema, los llamamos psicópatas). Y hay gente que tiene esa capacidad, pero decide no ponerla en práctica (Coetzee, 2003, pp. 84-85).

Otro llamado hacia la compasión lo hace el narrador de *El olvido que seremos*, la novela de Héctor Abad Faciolince:

La compasión es, en buena medida, una cualidad de la *imaginación*: consiste en la capacidad de ponerse en el lugar del otro, de *imaginarse* lo que sentiríamos en caso de estar padeciendo una situación análoga. Siempre me ha parecido que los despiadados carecen de imaginación literaria —esa capacidad que nos dan las grandes novelas de meternos en la piel de los otros—, y son incapaces de ver que la vida da muchas vueltas y que el lugar del otro, en un momento dado, lo podríamos estar ocupando nosotros: en dolor, pobreza, opresión, injusticia, tortura (Abad Faciolince, 2006, pp. 192-193).

(Valdría la pena recordar que para Esquirol «la *imaginación* y el sueño son fuerzas de cambio y de vida» [2018, p. 15]. La imaginación, entonces, es generación, posibilidad, creación. De allí que, como lo sostiene Nussbaum [1995], toda imaginación compasiva es imaginación poética⁵ en tanto posibilidad generadora o creadora de presencia. Presencia del otro.)

(11) Si hay algo que tienen en común el leer y la alteridad es el gesto de la apertura, porque si la alteridad es un abrirse al encuentro, a la acogida,

5 La poética (*opoiesis*) puede ser comprendida desde su raíz griega como el arte (creador) de hacer visible algo o de producción de presencia.

al amparo, un atender el llamado del otro, el leer es también un ejercicio de atención, una genuina experiencia de apertura: «Como lector se abre, es abierto, el abierto, como su libro está abierto, se abre como una herida está abierta, abre y se abre, se abre del todo sobre lo que la desborda del todo, y la abre» (Quignard, 2008, pp. 53-54). Leer, entonces, es abrirse a la alteridad del otro como libro, como texto, texto que, al *abrirlo*, nos abre, nos hiere, nos vulnera, nos *altera*.

(12) Leer como experiencia, como un salir de sí mismo, un exponerse, un dejar que algo que no somos nos pase: *se lee porque existe el otro, lo otro. Bajo el riesgo de devenir otro; con y entre otros.*

(13) Leer-*movimiento*-, un viaje que nos saca de sí mismos, que interrumpe, trastoca lo que somos o estamos siendo y nos pone en pos del otro, de lo otro, de lo que deseamos ser... o, quizá, no ser.

(14) Cuenta George Steiner que si alguien después de haber leído *La metamorfosis*, de Kafka, es capaz de verse en el espejo sin ninguna perturbación y seguir siendo el mismo, entonces puede ser un lector técnicamente competente en decodificar letra impresa, pero «es un analfabeta en el único sentido que cuenta». Leer, en el sentido vital del término, es siempre una experiencia de transformación, de metamorfosis. No se puede leer literatura y seguir siendo el mismo. No en vano, luego de leer el libro que tiene entre sus manos Osman, ese joven de la novela *La vida nueva*, de Orhan Pamuk, a quien la lectura convirtió en un viajero nocturno cuya existencia jamás volvió a ser la misma, nos dará el testimonio de su metamorfosis:

Un día leí un libro y toda mi vida cambió. Ya desde las primeras páginas sentí de tal manera la fuerza del libro que creí que mi cuerpo se distanciaba de la mesa y la silla en la que estaba sentado. Pero, a

pesar de tener la sensación de que mi cuerpo se alejaba de mí, era como si más que nunca estuviera ante la mesa y en la silla con todo mi cuerpo y todo lo que era mío, y el influjo del libro no solo se mostrara en mi espíritu, sino también en todo lo que me hacía ser yo (2016, p. 11).

Porque esa metamorfosis, de la que solo podemos dar cuenta cuando la hemos padecido, es imposible impostarla o fingirla. La lectura, cuando deviene experiencia, es acontecimiento formativo, es algo que irrumpe, algo que *altera* el relato que somos y transforma la descripción de uno mismo. Así lo delatan los ojos del señor Watts en esa maravillosa novela de Lloyd Jones cada vez que comparte la lectura de *Grandes esperanzas*:

No se puede fingir que se lee un libro, tú ya lo sabes, Matilda. Los ojos te delatan; también, la respiración. Una persona cautivada por un libro sencillamente se olvida de respirar. Aunque arda su casa, un lector absorto en un libro no levanta la vista hasta que el papel pintado de las paredes esté en llamas. Para mí, *Grandes esperanzas* es uno de esos libros. Me permitió cambiar mi vida (*Señor Pip*, 2012, p. 159).

(15) Vale la genuina experiencia de un consagrado lector literario, como Todorov (2009, p. 17), su testimonio, para aproximarnos y abrirnos a la alteridad que supone el leer literatura:

Si hoy me pregunto por qué amo la literatura, la respuesta que de forma espontánea me viene a la cabeza es: porque me ayuda a vivir. Ya no le pido, como en la adolescencia, que me evite las heridas que podría sufrir en mis contactos con personas reales. Más que excluir las experiencias vividas, me permite descubrir mundos que se sitúan en continuidad con ellas y entenderlos mejor. Creo que no soy

el único que la ve así. La literatura, más densa y más elocuente que la vida cotidiana, pero no radicalmente diferente, amplía nuestro universo, nos invita a imaginar otras maneras de concebirlo y organizarlo. Todos nos conformamos a partir de lo que nos ofrecen otras personas: al principio, nuestros padres y, luego, los que nos rodean. La literatura abre hasta el infinito esta posibilidad de interacción con los otros y, por tanto, nos enriquece infinitamente. Nos ofrece sensaciones insustituibles que hacen que el mundo real tenga más sentido y sea más hermoso. No solo no es un simple divertimento, una distracción reservada a personas cultas, sino que permite que todos respondamos mejor a nuestra vocación de seres humanos.

(16) La incontenible metamorfosis del lector, que es también la del escritor, en tanto gesto de *alteración* y *alteridad*, puede ser apreciada en todo su esplendor en la siguiente fábula de Monterroso:

Érase una vez una cucaracha llamada Gregorio Samsa que soñaba que era una cucaracha llamada Franz Kafka que soñaba que era un escritor que escribía acerca de un empleado llamado Gregorio Samsa que soñaba que era una cucaracha (1983, p. 53).

(17) Leer literatura, como gesto *alterado* o, más bien, *alterizado*, más que un ejercicio de la vista, es un arte de la escucha.

(18) Leer literatura, leer ficción interrumpe nuestras vidas; nos saca de cierto autismo y nos pone en la dimensión de los otros: «La ficción, cuya virtualidad es la vida, es un artificio cuya lectura o escucha interrumpe nuestras vidas y nos obliga a percibir otras vidas que ya han sido, que son pasado, que se narran», nos sabrá decir María Teresa Andruetto (2018, p. 51). O, para decirlo con Bárcena: «La literatura, además, resulta indispensable para salir de nosotros mismos, para alcanzar a ver y saber lo que

otro ve de ese universo que no es el nuestro, y cuyo perfil, de no ser gracias al poder de la imaginación narrativa, nos sería desconocido» (2012a, p. 97).

(19) La ficción es el lugar del *como si*. Leer ficción, entonces, es encarnar la posibilidad de hacer *como si*. Leemos ficciones y hacemos, por un instante, *como si* fuéramos esos otros que no hemos sido, que no somos y que nunca seremos. *Como si...*

(20) Reconocerse (y hacerse) vulnerables en la lectura, sobre todo de literatura, que es donde la condición o, más bien, *situación* humana se nos presenta en toda su contradicción, su contingencia, su provisionalidad, su ambigüedad, su finitud, su alegría, su desasosiego, su crueldad, su esperanza, su criminalidad, su potencia... Lectura que nos lleva al límite, a los límites, a la zona limítrofe (Esquirol, 2015), ese lugar donde emergen, en toda su ambigüedad, los polifónicos rostros de la alteridad:

Lo primero que sentí de él fue la fiebre: en la cara, en los labios, en la boca. Diría que también en el alma, si el alma no fuera una soberana abstracción. Pero sí, también en el alma: el alma era la llama. Y le voy a dar un consejo, amigo: No crea que se las sabe de todas todas y que puede decir quién es quién. Todos, a la larga, somos todos, y en cierto infinito mar de las transfiguraciones nos repetimos con una terca obstinación. De suerte que el 'yo' tarde que temprano se hace 'usted' (Vallejo, 2008, p. 40).

(21) Leer literatura es el gesto —*gestar, gestación*— más fecundo; leer multiplica posibilidades; nos llena de otras vidas nuestra vida; *nos* otreas. Quizá porque, como lo sostiene Compagnon (2008, p. 60), «El texto literario me habla de mí y de los otros, provoca mi compasión. Cuando leo me identifico con los otros y me afecta su destino, sus penas, y sus alegrías son momentáneamente también las mías».

Cuán próximas nos resuenan, entonces, las palabras de la escritora puertorriqueña Mayra Santos-Febres (2016) cuando nos dice:

Cuando leo literatura (no información, no datos, sino literatura —es decir, textos que parten de la conciencia de otro ser de mi especie para reconfigurar la mía—), mi mente guarda los recuerdos de Emma Bovary como si fueran propios (*Madame Bovary c'est moi*); revive las ocurrencias de Jim al escaparse de la Isla del Tesoro, examina y sufre los retortijones de culpa y las interminables justificaciones que llevaron al crimen al estudiante Razkolnikov. Así trabaja la mente: imitando otras vidas, almacenando memorias propias y ajenas, aprendiendo del juego que es la vida y del otro juego que es el simulacro de vivir que nos presenta la literatura. Es una manera de ser (no de hablar de o con) los demás; de tener una misma conciencia conectada al todo (o a buena parte del todo de la especie).

(22) Una frase atribuida a Stalin dice que «Un muerto es una tragedia; un millón de muertos son una estadística». Así, contraria a la ciencia, que pone su acento en el dato, tanto a la literatura como a la ética les interesa el nombre propio. Por ello, generan una especial atención al detalle a lo singular. No es posible, entonces, la alteridad sin la acogida de un nombre propio; de una singularidad. De allí que, en literatura, una muerte sea la muerte de alguien, una experiencia singular de dolor, una tragedia que nos *altera*, que nos afecta, que nos *conmueve*.

(23) Para Carlos Fuentes (1995), «La novela nace cuando ya no nos entendemos, porque el lenguaje ortodoxo se ha resquebrajado. Imponer un lenguaje unitario es matar a la novela, pero también es matar a la sociedad»; un lenguaje resquebrajado, heterodoxo, como el que la novela nos revela, aquel lenguaje que quiebra su aparente representación y

transparencia para traducirse (o traslucirse) en refracción. Y como bien lo sabemos, solo es posible la aparición del otro como distinto, en su radical diferencia, a través de los matices, énfasis, tonalidades de un lenguaje poroso, agrietado, lleno de aristas, hecho de curvaturas, como el que nos ofrecen esas sondas morales que llamamos novelas:

Las novelas son sondas [...]. Las enviamos a lugares oscuros o desconocidos. Las iluminaciones que nos traen nos permiten un renovado aprendizaje del mundo, de sus complejidades y las nuestras, de la ambigüedad, multiplicidad e inestabilidad de nuestro carácter [...]. La novela se ha vuelto indispensable para la comprensión de la vida: es la única fuente a la cual podemos dirigirnos para verificar cómo viven los demás su vida entera (Vásquez, 2018, p. 25).

(24) Cuánta alteridad connota aquella apreciación de Héctor Rojas Herazo (1976, p. 254), para quien «La novela es más un acto ético que un acto estético», pues ella «aspira a acompañar, a compadecer, es decir, a compartir la pasión», compañía, *compasión* y compartir que solo son posibles gracias al gesto ético de la novela, que nos permite (o posibilita) un encuentro singular con el otro, con lo otro.

(25) Vale escuchar nuevamente a Todorov: «Lo que las novelas nos ofrecen no es un nuevo saber, sino una nueva capacidad de comunicación con seres diferentes de nosotros, y en este sentido participan más de la moral que de la ciencia. El horizonte último de esta experiencia no es la verdad, sino el amor, la forma suprema de relación humana» (2009, pp. 88-89).

(26) La lectura de novelas nos *altera*, nos *otrea*. Nos pone a disposición vidas infinitas que podemos vivirlas como propias. Un gesto genuino de alteridad.

Cuando leemos novelas no somos los que somos habitualmente, sino también los seres hechizados entre los cuales el novelista nos traslada. El traslado es una metamorfosis: el reducto asfixiante que es nuestra vida real se abre y salimos a ser otros, vivir vicariamente experiencias que la ficción vuelve nuestras. Sueño lúcido, fantasía encarnada, la ficción nos completa, a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y los apetitos y fantasías de desear mil. Ese espacio entre nuestra vida real y los deseos y las fantasías que le exigen ser más rica y diversa es el que ocupan las ficciones (Vargas Llosa, 2015, p. 22).

(27) Nos revelamos como otros, nos rebelamos como otros, nos transformamos en otros; percibimos lo otro sin encasillarlo en categorías imperativas. Al contrario, la alteridad se hace presente a través de la ambigüedad, lo contradictorio, lo paradójico, lo contingente, lo finito, lo abierto y lo múltiple; dinámicas propias de la vida, de una vida que en ocasiones parece olvidada gracias a la lógica que buscamos darle. ¿Qué acontece cuando leemos una novela, un cuento, un aforismo..., aquello que consideramos literario? ¿Hallamos una ruta predeterminada que nos lleve a comprensiones eficaces y óptimas de la vida?, ¿o encontramos un recetario moral sobre cómo se debe vivir la vida? De repente, ese cliché que dice que leer literatura es vivir quizá sí diga algo. Nos dice que, al igual que no entendemos todo lo que leemos, en cuanto a la vida se refiere, tampoco entendemos todo lo que en ella acontece.

(28) La literatura tiene que ver con la vida, y la vida es lo que no está resuelto ni podemos parametrizar, sino lo que se escapa a toda certidumbre, lo que acontece. Quizá por ello leer literatura, leer novelas sea una de las formas que hemos hallado para vivir sin vacilaciones nuestra situación adverbial, finita, contingente, frágil, ambigua y ambivalente. Quizá leer novelas, en últimas, sería una de las pocas posibilidades que

tenemos para encarnar esa sabiduría de la incertidumbre de la que nos habla Kundera (1986).

(29) Leer literatura, leer novelas, leer-nos. Encontrarnos con otros, imaginarnos otros, sabernos otros, sentirnos otros. Reconocernos, acogernos en nuestra singularidad, en nuestra provisoriedad, en nuestra finitud, en nuestra fragilidad, en nuestra adverbialidad; compartirla con otros, entre otros; *devenir...*

FRAGMENTO-S PARA UN CIERRE (*PROVISIONAL*)

Estoy convencido de que es precisamente la literatura, y en general las artes, la que nos permite adentrarnos en la experiencia de lo singular, no meramente igualitaria, de la alteridad del otro, y que esta experiencia singular de la alteridad es de destacada importancia para pensar la experiencia pedagógica de la formación humana.

Fernando Bárcena (2012a)

Intento cerrar (de manera provisional) estos fragmentos y me vienen a la memoria unas palabras del filósofo español José Luis Pardo, que bien hubieran podido estar al inicio de estas anotaciones, y que no quisiera dejar por fuera:

Hay un intento en marcha para librar al lenguaje de su incómodo espesor; un intento de borrar de las palabras todo sabor y toda resonancia, el intento de imponer por la violencia un lenguaje liso, sin manchas, sin sombras, sin arrugas, sin cuerpo, la lengua de los deslenguados, una lengua sin otro en la que nadie se escuche a sí mismo cuando habla, una lengua despoblada.

Entonces caigo en la cuenta de que ese incómodo espesor y sabor y resonancia son los que ha perdido esa lengua que ha ordenado y

disciplinado la pedagogía como discurso experto. Y no queremos una lengua de nadie para la pedagogía; la queremos con manchas, con arrugas, con sombras, con cuerpo; una lengua que permita decirnos y nombrarnos, en la que quepa el otro en su radical diferencia. Es por ello que es necesario insistir, junto con Mèlich (2006), en que las palabras próximas al universo de la literatura, de la poesía, de la narración, serán las que nos puedan ayudar a educar mejor, porque, como nos lo recuerda Compagnon:

La literatura desconcierta, molesta, despista, desorienta más que los discursos filosóficos, sociológicos o psicológicos, porque se dirige a las emociones y a la empatía. De este modo, recorre regiones de la experiencia que los otros discursos desdeñan, pero que la ficción reconoce en los menores detalles (2008, pp. 62-63).

Y son esas cosas que solo la literatura puede enseñarnos, es decir, señalarnos, como también nos lo recuerda Calvino (2013), las que consideramos fundamentales para configurar una apuesta pedagógica *altera* y *alterizada* que atienda humanamente al otro.



Resuenan ahora las palabras de Bárcena (2016, p. 12) cuando dice que «La literatura es una lente que le proporciona al lector la posibilidad de ver lo que de otro modo nunca vería». Pero también las de Todorov (2009, p. 102) cuando afirma que «El objeto de la literatura es la propia condición humana». Por ello, quien la lee y la entiende «se convertirá no en un especialista en análisis literario, sino en alguien que conoce al ser humano». Entonces, uno cae en la cuenta de que esta lente creadora de presencia, que ayuda a ver lo que otro nunca vería de la condición humana, le permitía a la pedagogía una lectura más compleja de la educación y la formación que problematice la vida y el mundo, su sentido, siempre partiendo de

nuestra situación humana frágil, contingente, provisoria, adverbial, finita, ambigua, vulnerable...



Me resisto a una pedagogía de lo igual, a una pedagogía lisa, sin espesor, sin sabor y sin resonancias; a una pedagogía sin un otro diferente, sin un otro singular, sin un otro con nombre propio. Por ello la necesidad de *alterar* la pedagogía o de convocar una pedagogía de la alteridad que atienda a la educación desde un punto de vista literario, punto de vista que es también un gesto ético y estético, siempre abierto y sensible a la cuestión del otro.

Nos urge, entonces, aprender a ver-leer —*pensar e imaginar*— desde esa lente de la literatura a la pedagogía y a la educación. Ver-leerla desde este lenguaje sería una de las maneras cordiales de resistirnos a los múltiples rostros de la maldad: crueldad, indiferencia, desamparo, violencia, humillación, violación, muerte; y empezar a nombrar y tejer nuevas formas de proximidad, de vínculo, de hospitalidad, tan necesarias en un mundo y una escuela que ha expulsado lo distinto.



Quisiera cerrar (de manera provisional) estos fragmentos con el siguiente pasaje. Acaso no he encontrado en la literatura una imagen tan sugerente a la hora de *alterar* la pedagogía o de imaginar una pedagogía de la alteridad que la que aparece en el capítulo número XXI de *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry (1999). Aunque este capítulo no habla precisamente del vínculo educativo, sino del amistoso, se me hace que puede leerse también en clave pedagógica y entender que en todo vínculo amistoso habita cierto gesto educativo que implica aproximación, atención, cuidado, respeto y responsabilidad. El capítulo en cuestión nos cuenta el encuentro entre el principito y el zorro. Siempre me ha sorprendido que sea un zorro, un animal, quien le enseñe el sentido de la amistad a un humano, lo que me

lleva a recordar esa imagen descrita por Lévinas en *Difícil libertad* (2005) sobre un perro llamado Bobby⁶, que era el único ser capaz de reconocer a los hombres como hombres, de restituir en ellos la humanidad perdida en un lugar tan infrahumano como los campos de concentración nazis, en los que, según el mismo Lévinas, «No éramos más que una subhumanidad, una manada de monos» (p. 183). Pero, volviendo a este encuentro del principito con el zorro, pienso que nos regala tres palabras fundamentales para *alterar* la pedagogía y así aproximarnos a lo que podríamos considerar una pedagogía de la alteridad, que es también del vínculo.

La primera palabra es *domesticar*. Esta aparece al inicio del capítulo, enunciada por el zorro, cuando el principito le ha pedido que juegue con él. Citaremos en extenso ese primer fragmento:

Fue, entonces, cuando apareció el zorro:

—Buenos días —dijo el zorro.

—Buenos días —respondió cortésmente el principito, que se volteó a mirar, pero no vio nada.

—Estoy aquí —dijo la voz bajo el manzano...

—¿Quién eres? —dijo el principito—. Eres muy bonito...

—Soy un zorro —respondió el zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el pequeño príncipe—. ¡Estoy tan triste!

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy *domesticado*.

6 Cuenta Lévinas, a propósito de Bobby: «un perro vagabundo entró en nuestra vida. Vino un día a sumarse a la multitud, en circunstancias en las que, bajo custodia, volvía del trabajo. El animal sobrevivía en algún rincón salvaje, en los alrededores del campo. Pero nosotros lo llamábamos con un nombre exótico, Bobby, como conviene hacerlo con un perro querido. Aparecía en los reagrupamientos matinales y nos esperaba al regreso, brincando y ladrando con alegría. Para él —era indiscutible— fuimos hombres» (2005, p. 184).

—¡Ah!, perdón —dijo el pequeño príncipe.

Sin embargo, luego de reflexionar, agregó:

—¿Qué significa *domesticar*?

—¿No eres de aquí? —preguntó el zorro—. ¿Qué buscas?

—Busco a los hombres —dijo el principito—. ¿Qué significa *domesticar*?

—Los hombres —explicó el zorro— tienen fusiles y cazan. ¡Es bien molesto! También crían gallinas. Es su único interés. ¿Buscas gallinas?

—No —dijo el pequeño príncipe—. Busco amigos. ¿Qué significa *domesticar*?

—Es algo demasiado olvidado —respondió el zorro—. Significa *crear lazos...* (pp. 93-95).

Pero “crear lazos” no es algo muy común en un mundo en el que los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada y prefieren las cosas ya hechas; por eso, tampoco tienen amigos, puesto que no hay mercaderes de ello. De esta forma, “crear lazos” implica acoger el nombre propio, la singularidad del otro; conlleva la necesidad de generar un tiempo especial en que sea posible la demora, el tiempo propicio de la atención y el cuidado, es decir, del *conocer-se*. De allí que la segunda palabra es *paciente*, o, más bien, *paciencia*, y esta es pronunciada por el zorro cuando le dice al principito que una parte esencial para “domesticar” o “crear lazos” es cultivar la paciencia, esto es, detenerse, demorarse, contemplar, aprender cierto arte de la espera:

—Se conocen solo las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres no tienen tiempo ya para conocer nada. Compran las cosas completamente hechas a los mercaderes. Pero, como no existe ningún mercader de amigos, los hombres no tienen amigos. ¡Si quieres un amigo, doméstícame!

—¿Qué debo hacer? —dijo el pequeño príncipe.

—Debes ser muy *paciente* —respondió el zorro. —Te sentarás al principio, más bien lejos de mí, así, sobre la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca... (p. 97).

Este arte de la paciencia lo es también de la distancia, puesto que también es necesaria cierta distancia para poder ver las cosas, para detallarlas, para contemplarlas, para *conocerlas* y así poder generar la proximidad que permite el vínculo, la creación de lazos; proximidad que nace solo de contemplar la diferencia y que es imposible dentro de la lógica de lo igual; proximidad, vínculo, lazos que solo son posible tejer desde la apropiación de un ritual. Y aquí encontramos la tercera palabra: *rito*, que es pronunciada por el zorro para señalarle al principito la necesidad de instalar un tiempo con señales propias desde el cual tejer el vínculo y *recrear* la singularidad del encuentro:

Al día siguiente, el pequeño príncipe volvió.

—Es mejor que vuelvas siempre a la misma hora —le dijo el zorro. —Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres empezaré a sentirme feliz. A medida que el tiempo pase, me iré sintiendo cada vez más feliz. Y a las cuatro de la tarde estaré ya inquieto y agitado. ¡Descubriré el precio de la dicha! Pero si vienes a cualquier hora, no sabré el momento de engalanar mi corazón... Son necesarios los *ritos*.

—¿Qué es un *rito*? —dijo el pequeño príncipe.

—Es, también, algo ya muy olvidado —dijo el zorro. —Es lo que hace un día distinto a los demás; una hora diferente de las otras. Existe un rito, por ejemplo, entre mis cazadores. Mis cazadores bailan el jueves con las muchachas del pueblo. Entonces, ¡el jueves es un día maravilloso! Ese día me voy a pasear hasta la viña. Si los caza-

dores fueran a bailar cualquier día, todos los días serían iguales y yo nunca tendría vacaciones. (p. 97).

Sin pretender entrar al orden explicativo⁷, acojo estas tres palabras *alteradas* o *alterizadas*, que nos dona la literatura, para hacerlas resonar pedagógicamente y desde allí atrevernos a pensar e imaginar otra educación en la que sea posible habitar ese tiempo especial de la espera (paciencia), cargado de demora, que nos permite tejer la experiencia de lo singular (rito), el lugar propicio para crear lazos (domesticar). Porque solo donde hay acogida de lo singular nace lo que vincula como un genuino gesto de responsabilidad con el otro: «Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable de lo que has “domesticado”» (p. 100).

7 No entrar en el orden explicativo y preferir las resonancias es tanto como abrirse a la escucha del texto, sentir su latido, su vibración. Abrirse a la escucha implica callar lo que uno trae; apagar uno sus propios ruidos, suspender las propias certezas; afinar los sentidos. Disponerse, dejarse decir por el texto, que el texto le diga a uno. Escucharlo. Quizá esa sea la actitud del principito.